



Consagración a la Virgen del Carmen

Virgen del Carmen, llevamos sobre nuestro pecho tu santo Escapulario, signo de nuestra consagración a tu Corazón inmaculado.

Madre querida, somos o tus hijos: unos hijos de tu entera pertenencia. Nuestra consagración, Señora, nos exige una entrega sin reservas a tu persona, una dedicación generosa a tu servicio, una fidelidad inquebrantable a tu amor y una solícita imitación de tus virtudes. Queremos vivir, conforme al ideal carmelitano, en ti, por ti, contigo y para ti.

Gracias a tu Escapulario, Virgen bendita, somos miembros de tu cuerpo místico del Carmelo y participamos de la consagración comunitaria de la Orden a ti, que eres su Cabeza. Nuestra consagración se une, pues, a la de toda la familia carmelitana y acrecienta así su valor y su eficacia.

Santa María, Abogada y Mediadora de los hombres, no podríamos vivir nuestra consagración con olvido de quienes son tus hijos y nuestros hermanos.

Por eso, nos atrevemos a consagrarle la Iglesia y el mundo, nuestras familias y nuestra patria.

Te consagramos especialmente los que sufren en el alma o en el cuerpo: los pecadores, los tentados, los perseguidos, los marginados, los presos, los desterrados, los enfermos, los hambrientos...

Madre y Reina del Carmelo, por nuestra consagración somos del todo tuyos ahora en el tiempo. Que lo sigamos siendo también un día en la Eternidad.

Así sea.